

## ¿PUDO LA PESTE RETRASAR POR UN AÑO LA PEREGRINACIÓN DE SAN IGNACIO A JERUSALÉN?

1. Los biógrafos e historiadores, que en la permanencia indefinida de San Ignacio en Manresa a su salida de Montserrat han visto un alto en la resolución con que salió de Loyola de peregrinar a Jerusalén, se han hallado en la precisión de buscar la causa o razón de la suspensión del viaje, y unos la hallan en la imposición de circunstancias externas, y otros en un cambio interior de propósito. El P. Maffei, primer historiador que se propone el problema, explica la suspensión por la peste que reinaba principalmente en Barcelona, la cual dió ocasión a Ignacio para entablar en Manresa la vida de penitencia ya proyectada, que le serviría de preparación para su piadosa romería a tierra santa<sup>1</sup>. Semejante influjo directo de la peste en la actuación del Santo ha sido rechazada y combatida en nuestros días por Tacchi Venturi<sup>2</sup> y Albareda<sup>3</sup>. Pero cabe una intervención indirecta, en cuanto los rumores de la peste llegados a Zaragoza detuvieron a Adriano VI en su acelerado viaje a Roma, y a Ignacio esperando su paso para Barcelona, desde Manresa, a fin de no encontrarse con los nobles de su comitiva, se le pasaría la oportunidad del viaje a Palestina aquel año. Lo viable de tal explicación aparecerá, concordando particularidades históricas, en que no se ha insistido lo suficiente por los historiadores, las cuales declaran además por qué duró un año la suspensión del viaje de Ignacio a Jerusalén.

<sup>1</sup> J. P. MAFFEI, *De vita et moribus Ignatii Loiolae* (Roma, 1585), l. 1, c. 5, p. 16.

<sup>2</sup> TACCHI VENTURI, *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, v. II (Roma, 1950), p. 26, n. 3.

<sup>3</sup> A. ALBAREDA, *Sant Ignasi a Montserrat* (Montserrat, 1935), pp. 75-78.

## I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA PARTIENDO DE LA AUTOBIOGRAFÍA

2. Trátase de explicar por qué San Ignacio retrasó un año su peregrinación a Jerusalén, y en ello se encierran dos cuestiones: a) por qué suspendió su viaje luego de la vela de armas en Montserrat; b) por qué además tardó un año en reemprenderlo.

Para situar el problema en su ambiente real, empecemos recogiendo lo que el mismo San Ignacio nos confió sobre este tema en su dictado al P. Cámara en setiembre de 1553. La primera idea de la ida a Jerusalén y su resolución de realizarla inmediatamente pertenecen a Looyola. El viaje a tierra santa en áspera penitencia apunta en los primeros pensamientos de imitar a los santos, que alternaban con sus proyectos mundanos durante sus lecturas de convaleciente:

Había todavía esta diferencia, que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en *ir a Jerusalem descalzo*, y en no comer sino yerbas y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejado, quedaba contento y alegre <sup>4</sup>.

Notada la diversidad de espíritus en estos efectos sacó consecuencias prácticas.

Comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas *todo lo que deseaba hacer*, luego como sanase, era *la ida de Hierusalem, como arriba es dicho* (descalzo), con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer <sup>5</sup>.

Pensaba muchas veces en *su propósito*, deseando ya ser sano del todo para *ponerse en camino* <sup>6</sup>. Y echando sus cuentas, qué es lo que *haría después que viniese de Jerusalem* para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quien era, para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino

<sup>4</sup> Acta P. Ignatii, *Fontes narr.*, I, 372.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 374.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 376.

yerbas. Mas cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que della tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha, y porque todo estaba *embebido en la ida que pensaba presto hacer*, y aquello no se había de tratar sino *después de la vuelta*, no miraba tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que *era tiempo de partirse* <sup>7</sup>.

De lo que acabamos de transcribir aparece claramente qué determinaciones llevaban en su espíritu San Ignacio, cuando so pretexto de la visita de cortesía al Duque de Nájera salió de su casa y tierra. Su propósito absoluto era vivir siempre en penitencia, sin comer más que hierbas y haciendo todos los demás rigores de los santos, ora andando por el mundo, ora entrando en la Cartuja, cosa que no le urgía resolver hasta haber realizado la ida a Jerusalén, descalzo, primer objetivo inmediato de su nueva vida, en que estaba todo embebido. No pensaba entonces quedarse en Jerusalén. A la vuelta tomaría resolución sobre la forma estable de realizar su ideal de vida penitente.

3. Puesto en camino, «llegando a un pueblo grande antes de Monserrate, quiso allí comprar el *vestido* que determinaba de traer, *con que había de ir a Hierusalem*; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando *un bordón y una calabacita*, y púsolo todo delante el arzón de la mula» <sup>8</sup>.

En Montserrat, hecha su confesión general por escrito, que duró tres días, y habiendo descubierto por primera vez su determinación a su confesor, vistióse de peregrino «la víspera de nuestra Señora de Marzo el año de 22». «En la noche se fué lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dió a un pobre, y se *vistió de su deseado vestido*, y se fué a hincar de rodillas delante del altar de nuestra Señora; y unas veces desta manera, y otras en pie *con su bordón* en la mano,

<sup>7</sup> Ibid., 376, 378.

<sup>8</sup> Ibid., 384, 386.

pasó toda la noche. Y en amaneciendo se partió por no ser conocido»<sup>9</sup>, es decir, para que los visitantes del Santuario a la luz del día no le identificasen bajo el nuevo vestido de peregrino con el caballero que había estado entre ellos. El verse forzado a confesar que había dado unos vestidos a un pobre preguntando si así era, como el pobre decía, por un hombre que a mucha prisa venía en pos de él, frustró su intento. El caso se rumoreó, y la fama llegó hasta Manresa, «donde no pudo estar mucho sin que las gentes dijese grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Monserrate; y luego creció la fama a decir más de lo que era; que había dejado tanta renta, et cetera»<sup>10</sup>.

4. A Ignacio, que huía la estimación mundana, más que el aprecio popular de que le tuvieran por noble y rico, le preocupaba dar con quien le conociese personalmente y le reconociese en su hábito de peregrino por Iñigo de Loyola, el defensor de Pamplona, y como a tal le honrase. Y porque de muchos esto se temía en Barcelona, donde debía embarcar para Italia prosiguiendo su viaje de peregrino a tierra santa, al salir en amaneciendo del monasterio, no se dirigió directamente allá, sino se desvió a Manresa por algunos días, que quería aprovechar para algunos apuntes espirituales en su diario. He aquí sus mismas palabras, tantas veces citadas y no siempre bien consideradas e interpretadas: «Y se fué, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, mas desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado»<sup>11</sup>. Muchos que le conociesen y le honrasen temía hallarlos, no en el camino real de Barcelona, sino en la misma ciudad, donde habría de detenerse algunos días hasta hallar embarcación. Que a la ciudad y no al camino de Barcelona se refiere el adverbio «donde», de la frase «donde hallaría muchos que le conociesen y honrasen», aunque así lo interprete Coudreto en la traducción latina<sup>12</sup>. La frase «irse el camino de-

<sup>9</sup> Ibid., 386, 388.

<sup>10</sup> Ibid., 388.

<sup>11</sup> Ibid.

<sup>12</sup> «Ibat autem non recto itinere, quod Barcinonem ducit, in quo multi ei occurrissent, qui eum cognovissent et honore affecissent; sed deflexo, quo in

recho de tal ciudad», que sabe a la construcción latina «ir recta via», significa en el castellano de San Ignacio «dirigirse directamente a ella», en oposición a desviarse para otro lugar<sup>13</sup>. «Camino derecho» es aquí modo adverbial, no sustantivo, y así no puede referirse a él el adverbio relativo «donde» de la frase siguiente. Y lo que dice la gramática, lo confirma el sentido del contexto.

5. En efecto, para evitar el ser reconocido entre los devotos de Montserrat en su nuevo vestido por el caballero de los días anteriores, había salido al amanecer. Al desviarse luego para Manresa apuntaba, no a soslayar el encuentro con algún devoto más madrugador que estuviese de regreso, pues podría hallarle en cualquier camino de los que salen de Montserrat, sino a evitar el encuentro con quienes le conociesen personalmente, y le honrasen como al defensor de Pamplona. Ahora bien, el hallar «muchos que por tal le conociesen y honrasen», no podía tener lugar en el camino real de Lérida a Barcelona, entre el tráfico ordinario de viandantes, por ser Ignacio forastero desconocido en tierras de Cataluña; lo temía él en la capital, donde podría dar con quienes le hubiesen conocido en Arévalo, o al servicio del Duque de Nájera, o en Pamplona. Y temía que los tales fuesen muchos, pero muchos no podían ser los catalanes o domiciliados en Cataluña, residentes habitualmente en Barcelona, donde no contaba Ignacio con particulares relaciones. Y en caso de serlo, de poco le hubiera servido el apartarse por algunos días a Manresa. Necesariamente daría con ellos en cualquier tiempo que para embarcarse se llegase a la ciudad condal. Luego la retirada momentánea a Manresa supone que la multitud de los conocidos de Ignacio en Barcelona, cuyo encuentro de esta manera pretendía soslayar, era también circunstancial, y desaparecería en el plazo de algunos días, los que pensaba estar en Manresa. Después podría ir a Bar-

oppidum delatus est, quod Manresa dicitur» (ibid., 389). Nótese cómo pensando en el camino colorea la expresión del original «hallaría muchos», traduciendo «multi ei occurrissent».

<sup>13</sup> Otra expresión paralela «caminar su camino derecho» emplea Ignacio al narrar su viaje de Ferrara a Génova, a la vuelta de tierra santa:

«Se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester pasar cuasi por medio de entrambos los ejércitos, franceses y imperiales, y le rogaban que dejase la vía real, y que tomase otra segura que le enseñaban. Mas él no tomó su consejo; sino, *caminando su camino derecho*, topó con un pueblo quemado y destruído» (ibid., 430, 432).

celona y embarcarse sin riesgo de ser conocido. No dar con ellos en el camino real hacia la ciudad, supuesto que viniesen en caravana, para lo cual hubiera bastado rodear por otro camino menos frecuentado, no solventaba la dificultad, ya que en Barcelona podía ser descubierto por algunos de los tales, al andar por la ciudad en sus diligencias por alcanzar embarcación, y pidiendo limosna <sup>13 a</sup>.

6. No da más precisiones Ignacio sobre quienes eran éstos, y continúa el relato a Cámara con el incidente del mal tercio que causó sin querer al pobre a quien dió sus vestidos, que le arrancó lágrimas, cuando fué requerido sobre el caso, y con la fama que su divulgación le creó en Manresa de persona rica apenas llegado, según hemos adelantado ya (n. 3). Y aquí terminó el primer dictado de la autobiografía, «llegó con la historia hasta estar en Manresa algunos días», conforme advierte Cámara en el prólogo <sup>15</sup>.

Al proseguirla, casi después de tres años a 9 de marzo de 1555 <sup>15</sup>, comienza Ignacio describiendo la vida penitente entablada establemente en Manresa <sup>16</sup>, dando por supuesta la suspensión de la ida a Jerusalén, sin haber dicho palabra de ella, ni de la razón que la motivó, quizás porque era la misma que le movió a desviarse a Manresa por solos algunos días, hecha después persistente indefinidamente.

El relato prosigue por las vicisitudes que Ignacio experimentó en su espíritu todo el tiempo que permaneció en Manresa. Habla al fin de las enfermedades que le agravaron en este período de

<sup>13 a</sup> Dom Albareda escribe que las palabras de la autobiografía que comentamos no tienen sentido en labios de Ignacio, y no serían comprensibles en su pluma, porque es incomprensible que se desviase de Barcelona más de 20 kilómetros en dirección contraria, si sólo pretendía evitar el encuentro de viajeros conocidos en el camino real de Barcelona, pues le era sumamente fácil llegar a la ciudad dando un rodeo por Tarrasa, camino menos concurrido (*Sant Ignasi* . . . , pp. 95-97). Albareda se atiene aquí a la interpretación impropia de «donde hallaría», aplicado a la palabra «camino». Esto aparte, es de advertir que no es menos incongruente suponer que San Ignacio, para evitar el ser descubierto de muchos que le conociesen, se preocupase de soslayar su encuentro en el camino real, dando un rodeo, para ir luego a convivir con ellos en la misma ciudad durante varios días, mientras negociaba públicamente, yendo de una parte a otra, su embarco para Italia.

<sup>14</sup> *Acta P. Ignatii*, prólogo, 358.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 362.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 388.

formación interior, y de los reparos que aceptó para defenderse del frío en invierno. Ciérrase la estancia en Manresa con estas palabras: «Íbase allegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Hierusalem, y así al principio del año de 23 se partió para Barcelona para embarcarse»<sup>17</sup>.

Tal manera de hablar demuestra que la suspensión del viaje a Jerusalem en la primavera de 1522 iba escalonada en el pensamiento de Ignacio con otra fecha fija para embarcarse, que había de constituir el término definitivo de su retirada a Manresa. Ella era toda la razón de la larga permanencia de casi un año en esta ciudad.

7. La transformación espiritual que en este tiempo había experimentado había mudado también su pensamiento acerca del viaje a tierra santa. Su intención era ahora quedarse definitivamente en Jerusalem, no sólo por su devoción y santificación, sino también para aprovechar a las almas: «Su firme propósito era quedarse en Hierusalem, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra desta devoción, de ayudar a las ánimas; y para este efecto traía cartas de recomendación para el guardián, las cuales le dió, y dijo su intención de querer allí por su devoción; mas no la segunda parte de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía, y la primera había muchas veces publicado»<sup>18</sup>. Estaba tan resuelto a quedar en Jerusalem, que a las razones en contra del provincial de los franciscanos respondió: «Que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor»<sup>19</sup>. Rindióse ante la autoridad del provincial de excomulgar a quien no le quisiese obedecer en este particular, el cual en este caso juzgaba que él no debía quedar<sup>20</sup> «Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Hierusalem, siempre vino consigo pensando quid agendum, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder

<sup>17</sup> Ibid., 408.

<sup>18</sup> Ibid., 422, 424.

<sup>19</sup> Ibid., 424.

<sup>20</sup> Ibid., 424, 426.

ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona»<sup>21</sup>. También había cambiado la resolución absoluta de Loyola de vivir siempre en penitencia, ora andando por el mundo, ora entrando en la Cartuja (n. 2).

Para facilitar la respuesta a los interrogantes que ha abierto el examen de las palabras de la autobiografía, vamos a hacer incapié en dos hechos históricos por los que se suele pasar sin sacarles todas las consecuencia. Será el primero la costumbre tradicional en la manera de realizar la peregrinación a Jerusalén en la época de Ignacio, y la segunda la forma cómo se realizó el viaje de Adriano VI a Roma desde su salida de Vitoria hasta su partida de España por mar.

## II. LA PEREGRINACIÓN ANUAL A LOS SANTOS LUGARES

3. Las naves con peregrinos para Jerusalem partían de Venecia una vez al año después de la fiesta del Corpus, a fines de junio o a principios de julio. Los peregrinos que se habían ido reuniendo allí desde mayo para preparar el viaje, tomaban parte en la procesión del Corpus. El P. Bobadilla registra en su autobiografía, que en el año 1537 asistieron según costumbre con los demás peregrinos Ignacio y sus compañeros, que esperaban el pasaje en cumplimiento del voto de Montmartre<sup>22</sup>.

Pero los que pasaban a tierra santa debían proveerse antes del permiso de la Santa Sede. Menciona tal orden Fabro al pedirlo para sí y doce compañeros más este año de 1537<sup>23</sup>. A este efecto todos los peregrinos se llegaban antes a Roma hacia semana santa, visitaban las siete iglesias, y por pascua pedían el permiso y la bendición de S. S. Fabro hace constar las visitas realizadas<sup>24</sup> en su súplica a la Sagrada Penitenciaría, que le fué despachada a 27 de abril<sup>25</sup>, aunque el Papa el martes de pascua, 3 del mismo mes, cuando le fueron presentados los compañeros de Ignacio, había ya concedido de palabra el permiso y también la facultad de orde-

<sup>21</sup> Ibid., 430.

<sup>22</sup> *Bobadilla Monumenta*, 615, n. 9.

<sup>23</sup> *Fabri Monumenta*, 9.

<sup>24</sup> Ibid.

<sup>25</sup> *Fontes narr.*, I, 40, n. 37.



narse los que todavía no eran sacerdotes, de que se expidió luego la bula correspondiente <sup>26</sup>.

9. San Ignacio siguió todos estos pasos en 1523. Salió de Manresa a principios del año con tiempo holgado, de manera que, habiendo estado en Barcelona preparando el viaje poco más de veinte días, cinco en el mar hasta Gaeta, y detenídose dos para rehaserse en el recorrido de los 130 kilómetros aproximadamente que separan este puerto de Roma, entró en la ciudad eterna el domingo de ramos, 29 de marzo aquel año <sup>27</sup>. Obtenida la licencia y la bendición de Adriano VI para ir a Jerusalén, partió de Roma para Venecia «ocho o nueve días después de pascua de resurrección» <sup>28</sup>, el 13 ó 14 de abril. Asistiría en Venecia a la procesión del Corpus con los demás peregrinos el 4 de junio, y por fin el 14 de julio zarpó para oriente en la nave de los gobernadores que iban a Chipre <sup>29</sup>.

Los mismos pasos le tocaba dar en 1522, aunque el Papa no estuviera en Roma, porque la licencia de pasar a tierra santa la concedía a los simples fieles, como hemos visto en el caso de Fabro (n. 9), la Penitenciaría Apostólica, que conservaba sus facultades sede vacante o estando el Papa ausente de Roma <sup>30</sup>. Sólo hubiera variado las fechas, porque venía más retrasada la semana santa este año: domingo de ramos 13 de abril, pascua 20 del mismo mes (y Corpus 19 de junio). Para llegar a Roma Ignacio a tiempo de pedir por pascua el permiso, practicada la visita de las siete iglesias, a saber, a fines de semana santa hacia el 18 de abril, le era preciso partir por mar de Barcelona no más allá del 10 de este mes. Al salir, pues, de Montserrat el 25 de marzo disponía a lo sumo de 17 días. Ello daba margen a detenerse en el hospital de Manresa algunos días, una semana, por ejemplo, pues le quedaba otra todavía para esperar nave en Barcelona. Esta cuenta

<sup>26</sup> Bobadilla Mon., 616, n. 9.

<sup>27</sup> Acta P. Ignatii, 412-416.

<sup>28</sup> Ibid., 416.

<sup>29</sup> Según Ribadeneira citando la carta de Ignacio escrita desde Jerusalén (*Fontes narr.*, I, 420).

<sup>30</sup> Consta por una serie de bulas desde Clemente V (1305-1314) hasta Clemente VII. Cf. E. GOELLER, *Die Paepstliche Poenitenciarie von ihrem Ursprung bis zu ihrer Umgestaltung unter Pius V*, vol. II (Roma, 1911), 31 ss., y P. DE LETURIA, *¿Hizo San Ignacio en Montserrat o en Manresa vida solitaria?*, «Hispania sacra», 3 (1950), 282.

pone en claro que calculó bien Ignacio en Loyola, cuando «hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse» (n. 2), teniendo presente la detención que proyectaba ya entonces en Montserrat, y no menos patentiza que, al apartarse Ignacio a Manresa por algunos días solamente, no renunciaba por lo mismo a embarcarse aquel año para Jerusalem. Es verdad que una nueva demora que pasase mucho de una semana pondría en contingencia la peregrinación hasta el año siguiente. La hubo de hecho, y acerca de ella discuten los biógrafos. En consecuencia, pasada la ocasión del viaje en 1522, le era forzoso a Ignacio esperar la oportunidad del año siguiente, lo cual basta para dar razón de por qué retrasó un año exacto la ida a Jerusalem, sin necesidad de recurrir a sus enfermedades y pruebas interiores, o a las circunstancias externas de falta de embarcación por epidemia, corsarios, etc.

En suma, teniendo presente la costumbre del pasaje anual a tierra santa, se entiende perfectamente, que San Ignacio cerrase la narración de su permanencia en Manresa con las palabras transcritas y comentadas antes (n. 6): «Íbase allegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Hierusalem, y así al principio del año de 23 se partió para Barcelona para embarcarse».

### III. VIAJE DE ADRIANO VI

10. La forma con que se realizó a través de la península el viaje de Adriano VI a Roma desde Vitoria, donde le encontró la noticia de su elección, puede dar contestación a los otros interrogantes de la autobiografía acerca de la suspensión de la peregrinación de Ignacio en 1522.

El cardenal Adriano de Utrech, obispo de Tortosa y gobernador general de España en ausencia de Carlos I, fué elegido papa el 9 de enero de este año. Los cardenales acordaron dirigir a Adriano un escrito donde se le certificaba su elección, y el envió de tres cardenales legados<sup>31</sup>. La primera noticia llegó a Logroño y Vitoria

<sup>31</sup> L. PASTOR, *Historia de los Papas desde fines de la Edad Media*, vol. IX (Barcelona, 1911), pp. 20-23.

el 22 de enero por un propio enviado por el Obispo de Gerona <sup>32</sup>. El 9 de febrero llegó Antonio de Astudillo, camarero del cardenal Carvajal, con el decreto oficial del Sacro Colegio <sup>33</sup>, y el 16 hizo Adriano VI ante notario aceptación del nombramiento <sup>34</sup>. Habiendo sabido entre tanto que en Italia se recrudecían las disensiones y la guerra, y que algunos tiranos usurpaban países sujetos a la Santa Sede, mandó equipar algunas naves, nombró los jefes y reunió un ejército, de todo lo cual hizo general al señor Conde Fernando de Andrada. Por otra parte el Condestable Iñigo de Velasco y el Almirante de Castilla don Fadrique, colegas suyos en el gobierno de España, le ofrecieron en nombre y con la anuencia del Emperador cuatro galeras, de las cuales era capitán Juan de Velasco <sup>35</sup>. El 28 de febrero contestó por Astudillo a los cardenales gobernadores, que se embarcaría luego que los cardenales legados hubiesen llegado y la escuadra estuviese preparada. Los cardenales respondieron el 18 de marzo que no aguardara su llegada <sup>36</sup>. Sin esperar esta contestación hechos los preparativos del viaje emprendió Adriano VI la marcha con ritmo acelerado.

11. Salió de Vitoria el 12 de marzo acompañado del Condestable, gobernadores, muchos magnates y nobles y gran multitud de gente <sup>37</sup>, y llegó al lugar de Lapuebla. El 13 se detuvo en Casalareina donde pernotó, y el 14 entró en la ciudad de Santo Domingo, donde permaneció dos o tres días <sup>38</sup>. Por los apuros del tiempo dirigió dar curso a la causa contra Juan de Oria, acusado por los dominicos de que prometía defender ciertas proposiciones <sup>39</sup>. Por

<sup>32</sup> B. ORTIZ, *Itinerarium Adriani VI*, 45 s. Citamos las páginas de la traducción de Ignacio M. Segarna (Vitoria, 1950), porque el original (Toledo, 1546), con el que hemos comprobado las citas, no tiene foliación seguida.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 51.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 55 s.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 58.

<sup>36</sup> L. PASTOR, *Historia...*, 44.

<sup>37</sup> B. ORTIZ, *Itinerarium...*, 58 s. Este autor describe detenidamente el cortejo que se formó en Zaragoza de eclesiásticos, obispos y consultores, y de seglares, nobles y caballeros de la España citerior y ulterior, nombrando en particular los más principales. Muchos le siguieron hasta Tarragona, y cuando el Papa embarcó definitivamente para Italia, «retornaron a sus casas, y llamaban afortunados a los que partían en compañía del Santo Pontífice», «Illos felices esse proclamantes, qui sanctissimum pontificem assequabantur, reliquos vero infortunatos» (*ibid.*, 78-81, 92).

<sup>38</sup> *Ibid.*, 58-60.

<sup>39</sup> «Interca magister Ioannes de Oria a fratribus Dominicis incusatus super

ruegos del Duque de Nájera se detuvo en esta ciudad, que no entraba en su plan visitar, en la noche del día 16<sup>40</sup>, y pasando ante los muros de Navarrete, el 17 entró en Logroño, donde se detuvo dos o tres días<sup>41</sup>. Continuando el viaje por Alcanadre donde pernoctó, por Calahorra y Alfaro, llegó a Tudela donde paró dos días<sup>42</sup>, y pasando por Mallén y Pedrola llegó a las puertas de Zaragoza el 29<sup>43</sup>. Había ocupado 17 días en recorrer los 250 kilómetros aproximadamente de camino desde Vitoria, rodeando por Santo Domingo, En ocho poblaciones su paso se redujo a un día y solo en tres la detención fué mayor. Llevando este mismo ritmo, deteniéndose algunos días en Zaragoza y Lérida, y no parando en tantos pueblos intermedios, por no haberlos de importancia en tanto número en el camino, hubiera podido salvar en el mismo tiempo los 270 kilómetros que dista Barcelona, y entrar en esta ciudad al 15 de abril a tiempo para celebrar allí los días santos.

12. San Ignacio acababa de recorrer el mismo camino llevando al principio sólo dos o tres días de ventaja al Papa. Porque le bastaron 6 ó 7 días para llegar a Montserrat el 21 de marzo después de recorrer desde Navarrete 414 kilómetros, ya que montado en buena mula podía atenerse a la jornada corriente de 12 leguas o 67 kilómetros, y evitaba paradas intermedias en las localidades mayores, donde había gran movimiento de personajes eclesiásticos y seculares que esperaban el paso del Papa para rendirle homenaje<sup>44</sup>. Así pudo muy bien salir de Navarrete el 13 ó 14 de marzo, ante cuyos muros cruzó la comitiva papal el 17 después de pasar la noche del 16 en Nájera a ruegos del Duque. La elección de Adriano VI hubo de llegar a oídos de Ignacio en Loyola. Del viaje emprendido el 12 de marzo y de la prisa que lle-

certas propositiones, quas ipse defendere pollicebatur in contione publica; sed ob temporis angustiam in futurum terminandas beatissimus pater (ut suo loco assignabimus) reservavit» (16, 36).

<sup>40</sup> Ibid., 60 s.

<sup>41</sup> Ibid., 61-64.

<sup>42</sup> Ibid., 64-68.

<sup>43</sup> Ibid., 68 s.

<sup>44</sup> Concurso de forasteros al paso del Papa lo menciona Ortiz para Logroño de muchos pueblos de Navarra, de Cantabria y de otras provincias (ibid., 63); para Tudela, donde se presentó el virrey de Navarra con muchos magnates (ibid., 68), y muy particularmente para Zaragoza (ibid., 71, 73). Véase la nota 34.

vaba S. S. se enteró en Navarrete en casa del Duque, quien negociaba entonces que se detuviese en Nájera. Huyendo ante el séquito papal echaba sus cuentas para no dar con él en su embarque en Barcelona. Dada la prisa con que el viaje se hacía, que no permitiría grandes detenciones en las ciudades mayores, bastaban 10 u 11 días hasta Zaragoza y otros tantos hasta Barcelona, total unos 22, con lo que S. S. podía llegar a vista del mar a primeros de abril. Pero la afluencia en Barcelona de personas ilustres para rendir al Papa su homenaje comenzaría antes. Ignacio pensaba detenerse algunos días en Montserrat para su confesión general y comienzo de la nueva vida. A su salida el 25 de marzo, podía con fundamento temer que hallaría en Barcelona ya entonces y más en los días siguientes muchos que le conociesen y honrasen, personas nobles catalanas o domiciliadas en Cataluña o acompañantes del Papa en su viaje. Por ello determinó retirarse a Manresa por algunos días hasta que embarcado el Papa se disolviese el cortejo pontificio y la concentración de personalidades a su paso.

13. Pero Ignacio no acertó en sus cálculos, porque al llegar Adriano VI a Zaragoza, como si se le hubiesen quitado las prisas del viaje, hospedado en el palacio de la Aljafería, retrasó por varios días la entrada solemne en la ciudad, celebró en él la bendición de los ramos el 13 de abril, y se retiró la semana santa y los días de pascua al monasterio de Santa Engracia para darse más libremente a la devoción en este santo tiempo<sup>45</sup>. El 24 de abril reanudó su vida pública con el recibo de visitas y despacho de los asuntos<sup>46</sup>. Promulgó las nuevas reglas de la cancellería y dió curso ahora a la causa contra Juan de Oria, asistiendo a las públicas conclusiones que éste defendió<sup>47</sup>. Esta larga interrupción del viaje motivó que Ignacio, esperando de un día a otro el paso de la comitiva de Adriano VI y su embarque en Barcelona, perdiese la posibilidad de llegar a Roma por pascua y con ello la oportunidad de pasar a tierra santa en 1522. Forzado a esperar hasta el año siguiente, se determinó a entablar en forma la vida penitente que proyectaba, quedando en Manresa. Así la

<sup>45</sup> B. ORTIZ, *Itinerarium...*, 71, 73, 74.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 74-77.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 75, 82, 83.

misma causa motivó el desvío momentáneo por algunos días a esta ciudad en 25 de marzo y la permanencia estable en ella, a saber, evitar el encuentro de personas conocidas con ocasión del paso del nuevo Papa por Barcelona. Y ello podría dar razón de que ninguna causa diese Ignacio de su permanencia en Manresa, al reanudar su relación autobiográfica (n. 6).

14. ¿Cuál fué la razón de tan largo paro de Adriano VI en Zaragoza, que causó de rechazo el retraso por un año del viaje de Ignacio a tierra santa? La documentación del archivo histórico de la ciudad de Barcelona, sacada a luz en 1935 por Dom Anselmo Albareda <sup>48</sup>, patentiza que tuvieron parte en ella los rumores de peste en Barcelona llegados a Zaragoza. Abraza esta documentación las cartas y deliberaciones de los consellers de la ciudad que motivó el propósito de Adriano de embarcar en Barcelona. Así resume Albareda lo que de tales documentos se deduce e interesa para el punto que tratamos. La decisión del Pontífice motivó varias peticiones e informaciones, a que contestan los consellers: paso franco de bagajes, préstamo de una nave, provisiones y estado sanitario de la ciudad, etc. En Zaragoza llegó al Papa el primer rumor sobre el estado sanitario poco satisfactorio de la ciudad de Barcelona. Adriano escribió al regente de la tesorería y le manifestó su sorpresa por no haber recibido respuesta de los consellers, a quienes preguntó sobre el particular y sobre las provisiones de la ciudad. Éstos le contestaron a 26 de abril, que no habían visto indicación alguna en este sentido en la correspondencia recibida del 12 y 23 de marzo. Era cierto que en este mes se habían dado algunos casos de enfermedad, como sucedía casi todos los años en tiempo de primavera, pero le certificaban que entonces en abril, en Barcelona «hay muy buena salud» <sup>49</sup>. Nótese que contestan los consellers a 26 de abril a la se-

<sup>48</sup> ALBAREDA, *Adrià VI i els consellers de Barcelona (1522)*, «Analecta sacra tarraconensia», 11 (1935), 237-245.

<sup>49</sup> *Ibid.* 236. He aquí el fragmento correspondiente de la carta de los consellers en su texto original: «Y a ninguna de dites letres de V. Santedat fins ací haurém respost, ab fiança que de tot ab compliment era scrit por lo dit mossèn Cisterer lo que hauriem volgut, com haiam vist ab un capítol de una letra per V. Santedat scrita al regent la thesoreria, que entre les altres coses diu V. Santedat ha sperat nostra resposta a les letres nos havie fetes per ésser avisats de la sanitat y provisió de aquesta ciutat, y no tenim a record que en letra alguna de V. Santedat dirigida a nosaltres o a mossèn Franci Oliver, companyó nostre, se

gunda carta del Papa preguntando sobre la salud de Barcelona, después de haber esperado en vano por varios días respuesta a la primera que pedía la misma información, la cual mandaría desde Zaragoza a primeros de mes.

Consta por tanto que el Papa demoraba su viaje parado en Zaragoza en espera de la información sanitaria. Y en cuanto esta demora ocasionó a San Ignacio la suspensión del viaje a Jerusalem, es verdad en cierto sentido que la peste de Barcelona detuvo a Ignacio en Manresa, es decir, no directamente, porque dejase él de ir a la ciudad condal por reparo a la peste, sino de rechazo, en cuanto el rumor de la peste llegado a Zaragoza detuvo el Papa en su viaje lo suficiente para que Ignacio esperando su paso perdiese la ocasión de ir a Jerusalem en 1522.

15. Asegurado Adriano VI con el informe favorable de los consellers, pensó en partir para Barcelona la primera semana de mayo pasando por Lérida; pero el haberse declarado entonces le peste en ambas localidades, deshizo su plan <sup>50</sup>. Albareda resume así lo que dan los documentos del archivo de la ciudad: «En mayo se presentó la peste en los contornos de Barcelona. Los consellers el día 5 tomaron importantes acuerdos para evitar que el temido azote se introdujese y extendiese en la ciudad, que dentro de pocos días sería visitada por el Papa» <sup>51</sup>. Éste finalmente

fassa menció alguna de la sanitat de aquesta ciutat; supplicam, emperó, humilment V. Santedat nos mane tenir per quitis de culpa en no haver encontinent respost a les dites letres de Sa Santedat, y creure, com és cert, no se ha dexat per poca devoció, sinó per lo que dit havem. . . . Més avant certificam a V. Santedat com en aquesta ciutat, per gracia de nostro Senyor Déu, ha molt bona sanitat, encara que en lo mes de març prop passat hagué en aquella, com quasi tots hany acostuma de haver, algún moviment de mal degnoscat, lo que no és de meravellar per ésser la dita ciutat tant populosa y en lo temps de primavera, que comunament les sanchs acostumen alterarsen en los cossos humans, y per les moltes fredors que en los messos de jener et febrer passats són stades en tota aquesta terra». (AHCB, Lletres closes, 1522-1526, f. 9).

<sup>50</sup> L. PASTOR, *Historia...*, 48.

<sup>51</sup> A. ALBAREDA, *Adrià VI...*, 236. Copiamos del libro de las deliberaciones: «Dilluns a V de maig dit any m. d. xxxii . . . E quant en la custodia de la dita ciutat que en aquella no entren persones algunes o robes qui vinguen de parts infectes de pestilència, com de present hage molts lochs circumvehins a la dita ciutat y altres en lo present principat ahon se moren del dit mal de pestilència, attenen ésser cosa molt útil y necessària que la dita ciutat sie guardada, axí per los dans e perills que sen porien seguir als poblats y habitants en la dita ciutat, com encara per la venguda que nostre sanct pare novament elet en breus dies se spere fer en la dita ciutat, y embarcarse en aquella per fer son benaventurat viatge en les parts de Itàlia; y haguda noticia y relació de la crida que los dies

determinó ir a embarcar en Tortosa, y de su resolución dió cuenta a los cardenales a 19 de mayo. Sus dificultades tenía el reunir una flota que le diese escolta segura contra los piratas turcos. Hasta 3 de junio no pudo escribir a Roma que todas las dificultades estaban superadas<sup>52</sup>. El 11 partió definitivamente de Zaragoza, y recorriendo en siete días los 155 kilómetros que median de camino, llegó a Tortosa el 18, víspera de Corpus. El día siguiente llevó el Santísimo en la solemne procesión<sup>53</sup>.

«En el último momento, continúa Albareda, todavía significó Adriano a los consellers que deseaba saber con certeza qué pasaba en la ciudad condal. Los magistrados convocaron a todos los médicos y cirujanos de la ciudad a 20 de junio, quienes ante los emisarios del Papa juraron decir la verdad. Existía la peste, pero los atacados eran en número insignificante, una docena, algunos ya en vías de curación, de manera que «loado sea Dios, se puede decir que la ciudad está sana»<sup>54</sup>. Estas noticias confirmarían al

prop passats per ordinació dels dits honorables consellers és stada publicada en la dita ciutat prohibint que no entren en aquella persones o robes algunes venints de les dites parts infectes de pestilència: loant y aprovant aquella, y los bans per observació de aquella imposats, féu deliberació e conclusió que de present per lo present consell sien elegides dues persones de honor, qui ensemps ab un mercader, per los dits honorables consellers elegidor, hagen càrrec de fer observar les dites ordinacions y executar los bans per observació de aquelles imposats, etc.» (AHCB, Deliberacions, 1522-1523, f. 15). Hasta el día 10 de mayo no se pusieron guardias a las puertas de la ciudad (ibid., fol. 16). (A. ALBAREDA, *Sant Ignasi a Montserrat*, 77, nota a.)

<sup>52</sup> L. PASTOR, *Historia...*, 48. GACHARD, *Correspondance de Charles-Quint et d'Adrien VI* (Bruxelles, 1850), 82 s, 92 s.

<sup>53</sup> B. ORTIZ, *Itinerarium...*, 84 s.

<sup>54</sup> A. ALBAREDA, *Adrià VI...*, 236. He aquí la carta de los consellers: «Sanctissime ac beatissime pater et domine. Post devota pedum oscula beatorum. Per lo pare fra Serra y per lo magnífich mossèn Berenguer Doms havem sabut la partida de V. Santetat de la ciutat de Çaragossa per a Tortosa, y que pendrie a servey ser certificat del stament de aquesta ciutat assí que pogués venir per embarcarse en aquella y fer son benaventurat viatge per a Roma. Y nosaltres desijosos de obeir a V. Santetat com a devotíssims fills de aquella, lo die present havem fet congregar tots los metges i cirurgians de la dita ciutat y exhibir jurament de aquells en presència del dit mossèn Berenguer Doms y de mossèn Joan Cisterer; part en presència del dit fra Serra los havem interrogats del nombre dels malalts de pestilència que de present són en la dita ciutat, la vida dels quals stigue en perill constituhida, y los més d'ells mijençant lo dit jurament han dit y averdat no visitar ni saber en la ciutat algun malalt del dit mal de pestilència, la vida del qual perille, y los altres restants han referit tenirne deu, entre los quals n'í ha dos qui ja sis o set dies ha tenen lo dit mal y stan en camí de miloria. E per lo semblant havem interrogat a part hu dels dits metges qui té special càrrech de visitar los malalts del hospital general de la dita ciutat, y, migençant lo dit jurament, ha dit haver en lo dit hospital tres malalts



Papa en su idea de no ir a Barcelona por tierra. Embarcó en Ampolla el 8 de julio y permaneció embarcado allí el 9. El 10 entró solemnemente en Tarragona<sup>55</sup>. Hasta el 5 de agosto no estuvieron reunidas todas las naves en su puerto, y este mismo día, fiesta de las Nieves, embarcó por fin S. S., el 6 paró en Barcelona a media tarde. Aquella misma noche reanudó el viaje y tocando brevemente en algunos pueblos de la costa catalana, el 9 doblaba el Cabo de Creus<sup>56</sup>. Llegó al puerto de Ostia el 28 y por fin el 29 entraba en Roma a los seis meses y medio de su salida de Vitoria<sup>57</sup>.

16. Que en marzo se diesen en Barcelona casos de enfermedad que alarmaron a algunos vecinos, hasta salir de Barcelona, consta de los procesos de canonización de San Ignacio.

Juan Pascual, hijo de Inés Pascual, que tuvo hospedado en su casa a Ignacio en Barcelona durante sus estudios, preguntado en 1585 por el P. Gil del Colegio de Belén, cómo había venido en conocimiento del Santo, contestó que estando con su madre en Manresa en el eremitorio de San Pablo por razón de la peste, dieron con él en el camino yendo desde el monasterio de Montserrat hacia Manresa. Habló Ignacio con Inés y ésta le condujo al hospital de Manresa<sup>58</sup>. Las contestaciones de Juan Pascual a esta

del dit mal, segons les dites coses més largament són contengudes en lo acte ne havem fet testificar per lo notari y scrivà del Consell de la dita ciutat, lo qual ab la present trametem a la V. Santedat, certificant aquella que lo nombre dels dits malats, atesa la pobblació de aquesta ciutat, és molt poch, y tenim per cert, segons la relació dels dits metges y cirurgians, y los pochos sacraments se ministren en les sglésies, que quiscun die irà disminuhint de manera que dins breus dies, migençant lo divinal adiutori, cobrarem complida sanitat, com se sia vist per expediència fins ací, que los més dels qui són stats malalts del dit mal han cobrada sanitat. Lo desig que nosaltres y tots los poblats de aquesta ciutat tenim de veure la sancta persona sua, com per altres havem scrit, és molt gran, y axí speram ab nostre Senyor nos farà merexedors de complir aquell, maiorment pus, lahors a Déu, la dita ciutat se pot dir stà sana, y és ben provehida de forments; y per nosaltres se fa contínua y gran diligència en guardar que persones algunes que vinguen de parts infectes de dit mal de pestilència no entren en la dita ciutat...» (AHCB, Lletres closes, 1522-1526, ff. 31-32).

<sup>55</sup> B. ORTIZ, *Itinerarium...*, 87-89.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 90, 91, 94-97.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 126, 128, 131, 134.

<sup>58</sup> El texto original dice así: «Anno 1520 vel circa, existens mater dicti Iohannis cum ipso Iohanne, in 12 suae aetatis anno, *constitutus in eremitorio Sti. Pauli de Minorissa propter pestem*, quodam die iens dictus Iohannes cum sua matre per viam qua itur a monasterio Montis Serrati ad dictam civitatem Minorissae, vidimus dictum Ignatium imbecillem, sacco indutum, sine pileo,

y otras preguntas fueron presentadas oficialmente por el P. Gii en 1596 ante la autoridad eclesiástica para ser incluidas en el proceso <sup>59</sup>. Este mismo P. en el interrogatorio que redactó para el proceso de Barcelona en 1595, en el artículo sexto se hizo eco de lo oído a Juan Pascual. «Su madre Inés recibió a Ignacio en su casa de Barcelona por el conocimiento de su gran santidad y virtud, de que fué testigo ocular en Manresa, donde al llegar San Ignacio se había retirado con sus familiares huyendo de la peste de que estuvo infectada la ciudad de Barcelona» <sup>60</sup>. De que se hallaba en Manresa con su madre Juan Pascual dan testimonio en el proceso de Barcelona de 1595 sus tres hijas, apoyándose en habérselo oído decir muchas veces <sup>61</sup>.

#### IV. RESUMEN

17. Hora es ya de resumir los datos históricos averiguados, que interesan al punto que se discute, y de formular las deducciones a que dan fundamento.

Constituye el dato básico, clave de la verdadera explicación del retraso por un año del viaje de San Ignacio a Jerusalén, la precisión que tenía de estar en Roma por pascua (20 de abril) para sacar el permiso de la Penitenciaría Apostólica, en ausencia del Papa, después de la visita de las estaciones romanas (n. 9). Para ello le era forzosa embarcarse en Barcelona no más allá del 10 de abril. Pasada esta fecha debería aguardar al año siguiente

pallidum, et petiit iter a sua matre; et ingressus fuit eremitorium, praecibusque effusus sua mater prolixè illum allocuta fuit, et inde incepit notitia et cognitio. Et ipsa illum direxit ad hospitale et illic praebuit illi necessaria» (ML. Scripta de S. Ignatio, II, 395 s.).

<sup>59</sup> Ibid., 394-401.

<sup>60</sup> «Dictus Pater Ignatius profectus est in civitatem Barchinonem, in qua propter suam magnam sanctitatem et virtutem, quarum fuit testis oculatus dicta Agnes Pasqual in civitate Manresa, ubi tempore dicto, *pestis fugiendae causa, qua fuerat civitas Barchinonensis infecta, dicta Agnes cum suis domesticis se receperat, quod ea pia et devota foemina illum recepit, et domi suae habuit*» (ibid., 272 ss.).

<sup>61</sup> Ibid., 312, 317, 322. A la presencia de Juan Pascual en Manresa alude Maffei al escribir que en su primera enfermedad sirvieron a Ignacio damas huídas de Barcelona por la peste: «et praeter aliam amicorum turbam, honestae matronae, quae vitandae pestilentiae causa Barchinone sese eo receperant, certatim aegrotanti assistere et nocturnas agere excubias, perinde quasi in unius vita salus omnium verteretur» (*De vita et moribus*, p. 28).

para peregrinar a Jerusalén, llegándose antes a Roma por pascua, como de hecho lo hizo Ignacio en 1523. Esto establecido, el determinante inmediato de este largo retraso hubo de ser lo que motivó su permanencia en Manresa hasta rebasar la fecha tope 10 de abril. ¿Fué esto o pudo ser la peste de Barcelona?

Antes de responder conviene distinguir dos fases en ella, primera, el estado endémico del mes de marzo, que motivó la ida a Manresa de la familia Pascual de Barcelona, y ocasionó por sus rumores llegados a Zaragoza, que Adriano VI detuviera el curso de su acelerado viaje a Roma, y esperase allí hasta recibir información satisfactoria de los consellers de la ciudad condal, que no llegó antes de fines de abril (n. 14); segunda, la verdadera epidemia, que se declaró en Lérida y en los alrededores de Barcelona a principios de mayo, cuando el Papa se preparaba ya a continuar su viaje y era esperado en esta última ciudad, y coleaba todavía en ella a fines de junio, la cual movió a Adriano VI a rodear hasta Tortosa para embarcarse, y a detenerse sólo unas horas en Barcelona al pasar por mar ante su puerto el día 6 de agosto (n. 15).

Ahora bien, es evidente, que la verdadera epidemia, declarada en mayo, tres semanas y más después de la fecha decisiva para el viaje de 1522, no pudo influir en que la dejase transcurrir San Ignacio con la consiguiente suspensión por un año. En cambio, el estado endémico de marzo pudo haber pesado en su ánimo, pues coincidió con los días disponibles para el embarque. Mas según su propia confesión en la autobiografía, no fué este el determinante de su retirada a Manresa por unos días tan solo, al salir de Montserrat, con ánimo todavía de proseguir el viaje a Jerusalén aquel año, sino el huir el encuentro transitorio en Barcelona de muchos que le conocerían por Iñigo de Loyola (n. 5). Y lo que no tuvo en cuenta en marzo al retirarse a Manresa, menos le movería en abril unos días más tarde, cuando el estado endémico había cesado. Sólo indirectamente podía influir tal estado en cuanto retrasó el paso por Barcelona de Adriano VI y su comitiva de nobles navarros. San Ignacio quería evitar su encuentro, y por ello se retiró a Manresa unos días, calculando que todavía podría embarcarse a tiempo en Barcelona, una vez partido

el Papa y disuelta la comitiva, cálculos no infundados según lo expuesto en su lugar (n. 12). Al fallarle éstos con la demora impuesta por los rumores llegados a Zaragoza de la epidemia de Barcelona, esperando en Manresa se le pasó la fecha última para su embarque. Rechazada tal explicación, que encuadra bien con los datos conocidos, la peste de Barcelona no puede alegarse con fundamento como motivo de la suspensión por un año del viaje de Ignacio a Jerusalén.

18. La verdadera relación entre los datos históricos aportados, aparecerá mejor, viendo cómo los manejan algunos partidarios de otras soluciones.

El P. Tacchi Venturi atribuye la prolongación indefinida de la estancia de Ignacio en Manresa a circunstancias independientes de su querer. Es la primera, la partida tantas veces diferida de Adriano VI para Roma, adonde quería dirigirse el peregrino Ignacio para impetrar la bendición del Papa y el permiso para el pasaje a tierra santa, porque no se atrevía a presentarse ante él en Vitoria o Zaragoza para despachar su asunto, temiendo ser conocido por los personajes que le rodeaban<sup>62</sup>. Es exacto lo que afirma, que Ignacio huía del cortejo papal por no ser conocido, pero no que fuese menester acudir al mismo Papa, ausente de Roma, para obtener la licencia, pues la concedía siempre la Penitencia Apostólica, aun en ausencia del Pontífice, y en una sola época del año, los días de pascua de resurrección. San Ignacio en Manresa no esperaba que Adriano VI embarcase para Roma a fin de seguirle luego y pedirle allí la bendición y el permiso, sino creyendo inminente su paso por Barcelona, quería evitar con su retirada por algunos días, encontrarse con su séquito y los que le esperaban en Barcelona. La segunda razón aducida de las gravísimas enfermedades que le aquejaron aquel verano<sup>63</sup>, no explica el que retrasase hasta febrero del año siguiente la prosecución del viaje a Palestina.

En una nota sobre los seguidores de Maffei, que atribuyen a la peste de Barcelona la prolongación indefinida de la estancia de Ignacio en Manresa, observa que ésta no estalló en dicha ciu-

<sup>62</sup> TACCHI VENTURI, *Storia* II, 26.

<sup>63</sup> *Ibid.*

dad hasta los 19 de mayo, cuando ya no era posible que Ignacio se sumase en Venecia a los peregrinos que partían después de Corpus (19 de junio), pasando antes por Roma a pedir la licencia <sup>64</sup>. Pero no precisamente por esta falta material de tiempo, sino por haber acaecido después del tiempo hábil para obtener el permiso de la Penitenciaría Apostólica, se excluye la peste de entre los motivos de la suspensión del viaje a Jerusalén. Por lo demás nada dice Tacchi Venturi del estado endémico del mes de marzo, que influyó en la demora de Adriano VI en Zaragoza hasta fines de abril, suficiente para hacer perder a Ignacio la oportunidad del viaje a Jerusalén en 1522.

19. Dom Anselmo Albareda, partidario de un cambio interno de resolución en Ignacio durante su estancia en Montserrat, rechaza tres de las explicaciones corrientes de la suspensión de su ida a tierra santa, el temor de dar con el séquito de Adriano VI en el camino de Barcelona, el deseo de encontrar al Papa en Roma, y la peste de Barcelona <sup>65</sup>. Respecto de esta repite el mismo argumento de Tacchi Venturi, que acaeció demasiado tarde para influir en la resolución de Ignacio, y refuerza su argumentación apoyándose en su temperamento incapaz de arredrarse ante la dificultad de la peste. Llama la atención que no mencione para nada en esta ocasión los rumores de peste llegados a Zaragoza en marzo que motivaron las consultas de Adriano VI a los consellers de la ciudad condal (n. 14), de que dió cuenta este mismo año en su estudio *El papa Adrià VI i els consellers de Barcelona*, a pesar de que lo cita en una nota <sup>66</sup>. Para rebatir la primera explicación, a saber, el temor de Ignacio de dar con el séquito de Adriano VI, sitúa Albareda el encuentro temido en el mismo camino de Montserrat a Barcelona, aplicando a la palabra «camino derecho» el «donde» de la frase del Santo: «Y se fué, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen» (n. 4). En este supuesto le parece inexplicable, que para evitar dicho encuentro el día 25 de marzo cuando ningún indicio había de la inminente llegada del Papa, se retirase a Manresa en vez de rodear un poco por otros caminos ordinarios, que le llevasen a Bar-

<sup>64</sup> Ibid., 26, nota 3.

<sup>65</sup> A. ALBAREDA, *Sant Ignasi...*, 75.

<sup>66</sup> Ibid., 77, nota a.

celona sin riesgo alguno de ser conocido<sup>67</sup>. Pero San Ignacio temía encontrar en Barcelona, donde debía permanecer algunos días hasta hallar embarcación y hacerse a la vela, y no en el camino, no pocos que le conociesen y honrasen, sea entre los que se reunirían para esperar al Papa, sea entre sus acompañantes. Semejante peligro no se evitaba con tomar un camino desviado, sino con no presentarse en Barcelona por algún tiempo, y ello explica bien que se retirase a Manresa por algunos días (n. 5). Finalmente rebate con varias consideraciones la explicación de que Ignacio esperaba a que el Papa llegase a Roma para ir luego a pedirle allí el necesario permiso<sup>68</sup>. Pero no toca la verdadera razón, fundada en la práctica romana, que tal permiso lo despachaba la Penitencia Apostólica y por pascua, aun en ausencia del Papa.

Por fin el P. Dudon admite como posible la insinuación del P. Tournier, de que San Ignacio temía encontrarse en el camino de Barcelona con el cortejo de Adriano VI. Pone en el temor de dar con la nobleza navarra su empeño en esconderse al salir de Montserrat, temor con todo que no explica, por qué no continuó Ignacio su peregrinación una vez el Papa hubo partido de España. Ve en esta posterior detención la disposición de la divina providencia, para formar espiritualmente su alma nueva<sup>69</sup>. A nuestro parecer, está en lo cierto Dudon, cuando pone en el temor de dar con la nobleza de su tierra la razón de su retiro en Manresa hasta la partida del Sumo Pontífice, de que se siguió definitivamente la suspensión por un año de la ida a tierra santa, dado el antecedente de la necesaria presencia en Roma por pascua para obtener el permiso de peregrinar. No apoyándose en este prerequisite, no sabe ver Dudon cómo el tal temor pudo ocasionar la persistente demora de Ignacio en Manresa, aun después de disipado todo peligro con la partida definitiva de Adriano VI.

Aquí hacemos punto con la esperanza de haber aportado alguna luz al debatido problema, llamando la atención sobre las relaciones que median entre datos históricos ya publicados.

JOSÉ CALVERAS, S. I.

<sup>67</sup> Ibid., 75, 76. Cf. *ibid.*, 95-97.

<sup>68</sup> Ibid., 76.

<sup>69</sup> P. DUDON, *Saint Ignace de Loyola* (París, 1934), pp. 75, 76.